

el bueno del general que se engañaba completamente. El 24 y 25 de octubre Federico, marchando sobre Marschwitz y Weigersdorf, dió un rodeo con su ejército hasta Ullersdorf y desde allí se dirigió á Görlitz, adonde llegó el 26 de octubre. Cuando Daun pudo advertir que el enemigo se había marchado, vió que no era Federico, sino él, quien tenía cortada la comunicacion con Silesia; de modo que el golpe de Hochkirch solo había retardado pero no impedido la realización del plan del rey de Prusia. Mucho valió á este último la impresion terrible y duradera que había dejado en el ejército enemigo la lucha desesperada del suyo cuando la sorpresa de Hochkirch. Con espanto verdadero había visto Daun que el enemigo se le había escapado de entre las manos cuando mas firmemente creía tenerle clavado en el sitio. Al saber el 26 que el rey de Prusia estaba en Görlitz, levantó el mismo día su campamento y se fué tras él hasta Landskrone, donde tuvo cuatro días de tiempo para atacar al ejército prusiano, el cual permaneció hasta la noche del 30 en Görlitz para reponer los viveres y cuidar de los enfermos y heridos. Pero Daun no atacó entonces á los prusianos, antes bien en un consejo general que celebró en 29 de octubre, resolvió con el asentimiento unánime de sus generales, abandonar la Silesia completamente y volverse atrás para tomar con el auxilio del ejército federal la ciudad de Dresde, que segun creía no defendería Finck con su puñado de gente; resolucion que no puede atribuirse sino á una repugnancia invencible á dar otra batalla contra el rey de Prusia.

Federico se puso en marcha con sus fuerzas el 30, dirigiéndose á la Alta Silesia. A los seis días de camino, hallándose próximo á Münsterberg, recibió la noticia de que el general Harsch había levantado el sitio de Neisse y abandonando municiones y otra impedimenta de guerra, se había retirado á toda prisa á Bohemia. Igualmente supo que el enemigo había renunciado al cerco de Cosel y que el general Ville había retrocedido hasta Troppau; todo lo cual era efecto de la mera aproximacion del vencido de Hochkirch. Con estas noticias, Federico volvió atrás por el mismo camino que había llevado y llegó á la capital de Sajonia bastante á tiempo para quitar á Daun las ganas de emprender nada contra la ciudad, y obligarle á buscar á toda prisa cuarteles de invierno seguros en Bohemia.

En las cuatro semanas que habían trascurrido desde la jornada de Hochkirch, Daun se había dejado arrancar hoja por hoja toda su corona de laurel. El júbilo que al principio había causado entre los suyos su victoria, se convirtió en las mas amargas quejas contra su conducta vacilante y débil, y contra su torpeza para aprovechar la victoria que tan cara había costado.

El rey Federico en cambio siguió siendo dueño de Silesia y Sajonia al espirar aquel año. De todos sus enemigos solo los franceses habían obtenido algunas ventajas por tierra, ventaja que abandonaron antes de que concluyera el año, mientras habían sido constantemente desgraciados por mar.

Sin embargo, ninguna esperanza de próxima paz podía abrigar Federico II, cuyo corazón manaba todavía sangre por la muerte de su hermana. Así fué que escribió el 22 de diciembre desde Breslau al marqués de Argens en Hamburgo: «Estoy cansado de la vida; el mismo judío errante no deseaba morir mas que yo. He perdido todo cuanto amaba y veneraba; los que me rodean son desgraciados á quienes la miseria de las circunstancias me priva de auxiliar. Todavía me persigue el cuadro de la ruina de nuestras provincias mas hermosas y de los horrores que allí han practicado fieras en forma humana. Poco falta para que me vea obligado á hacer en mi vejez el papel de rey de teatro, y semejante posición no es propia para cautivar el alma de un filósofo, y

hacerle amar la vida; en esto estará V. ciertamente conforme conmigo. Agobiado de trabajos de toda clase, repugnándome todo, llevo la vida de un anacoreta. Coma V. en Hamburgo ostras y langostas; tráguese V. las píldoras de todas las boticas; disfrute V. de todas las lavativas que le receten esos médicos; enciérrese V. herméticamente en su cuarto, y si con semejante vida se cree V. bienaventurado como en la gloria, acuérdesse tambien de un pobre maldecido, á quien Dios ha condenado á hacer la guerra hasta el fin del siglo y á caer para no levantarse bajo el peso de sus trabajos.»

VI.—EL CARDENAL BERNIS; EL DUQUE DE CHOISEUL Y LA ANULACION DEL CONVENIO DE PARTICION DEL 1.º DE MAYO DE 1757.

Si la causa de la paz no progresaba, no era ciertamente culpa del abate Bernis, enfermo desde muchísimo tiempo, y cuya enfermedad empeoraba de día en día con la pena que le causaban la anarquía en el gobierno, y el mal éxito de las dos guerras que sostenía su país. Anhelaba ardientemente ver concluidas estas guerras que arruinaban á la Francia; pero su debilidad de carácter le había conducido á despecho de su clara inteligencia, á enredar á su país en la guerra de venganza del Austria, y á dejar obrar á los demás, cuando su convicción le ordenaba lo contrario. Tambien conocemos ahora las cartas en las cuales desahogó su corazón cuando vió cumplirse sus peores pronósticos y sabemos el afán con que trabajó para sacar á la Francia del atolladero de su política suicida y de sus sacrificios por intereses ajenos. Mucho pecó Bernis como patriota, y errores imperdonables cometió como hombre de Estado cuando negoció y finalmente aceptó el tratado secreto del 1.º de mayo de 1757 tal como se lo propuso el conde Starhemberg; pero hecho el mal, tampoco omitió nada de cuanto estuvo en su mano como patriota y hombre de Estado, para remediarlo y para reintegrar al país en su situación independiente y devolverle la posesion de sí mismo.

La marcha de la guerra marítima de los franceses en el año 1758 confirmó, lo mismo que la guerra terrestre, los mas tétricos augurios de Bernis. Soubise parecía haberse desquitado del descalabro que había tenido en Crefeld el 23 de junio, cuando con fuerzas superiores penetró en el territorio de Hesse; cuando su vanguardia, conducida por el duque de Broglie, derrotó en una accion sangrienta, en 23 de julio, cerca de Sangershausen, á los hesseses y á los cazadores hanoverianos mandados por el príncipe de Isenburg; y cuando Contades, que había reemplazado á Clermont en el mando superior del ejército del Rhin, hubo obligado al príncipe Fernando á retirarse á Westfalia el 8, 9 y 10 de agosto, y llegado hasta el rio Lippe, donde se convenció de que el enemigo se había fortificado allí en una posición inexpugnable. El resultado, sin embargo, de todas estas ventajas fué que por efecto de los infinitos saqueos, exacciones, robos y contribuciones de guerra que sufrió el país, especialmente en el Hesse y en el Hanover, el jefe de las tropas francesas tuvo necesidad de disponer la retirada general, por no ofrecer ya ningun recurso aquellos territorios esquilados. Despues de haber derrotado Soubise al general Oberg cerca de Lutternberg en las inmediaciones de Münden el 10 de octubre, tomó cuarteles de invierno detrás del Mein, y Contades, como antes Clermont, tomó los suyos al otro lado del Rhin. El único fruto de toda esta campaña fué dar el tan deseado pretexto para conceder á estos dos generales el baston de mariscal.

En el mar, en las costas y en sus colonias se vió perseguida la Francia por la desgracia mas constante. Pitt no se

Esto en cuanto á la carta; la Memoria presenta un cuadro tan completo y tan claro de la situación y del hombre que la escribió, que no podemos pasarla aquí por alto ni tampoco contentarnos con un extracto. Por eso la copiamos literalmente:

«MEMORIA PARA EL REY.»

» Para abreviar esta Memoria suplico á V. M. que pida á la señora de Pompadour los pormenores de lo que voy á referir aquí abreviado.

» Desde la retirada del Rhin; desde la confusion y desgracias que la originaron, y desde que los ingleses desembarcaron en Luisburgo, he previsto solo infortunios.

» Vuestra Majestad recordará que ya en el año pasado, inmediatamente despues de la batalla del 5 de diciembre (Leuthen), comprendí la necesidad de pensar en la paz y de convertir á esta idea á nuestros aliados sin exponernos á un rompimiento con ellos. V. M. sabe la resistencia que opuso la corte de Viena á este propósito, mas yo no me dejé extraviar, porque creía que las obligaciones de Vuestra Majestad eran superiores á sus fuerzas; que su hacienda no llegaba á tanto; que la administracion de la guerra y de la marina arruinarían sus Estados y deshonrarían á la nacion. Entonces mandé rebajar los subsidios que se pagaban al Austria hasta la mitad, y aproveché todas las ocasiones para inducir á aquella corte á la paz. Prometí pensarlo pasada esta campaña. No es difícil comprender que solo quiere ganar tiempo y continuar la guerra. Yo no me opondría á ello si V. M. pudiese prestarse á tanto sin exponerse á los mayores peligros; pero faltaria á mi deber si ocultara á Vuestra Majestad que el Estado se halla en peligro si estos gastos no se disminuyen considerablemente y si no oponemos á la Inglaterra en el año próximo la resistencia mas enérgica.

» Mi salud, resentida desde mas de un año á esta parte, se empeora de día en día, mi cabeza no está en órden y no concibe con claridad. El sueño huye de mí, y mi espíritu se extravía siempre que pienso en el porvenir. Si la gloria y la dicha de V. M. no me afectasen tanto, tendria mas fuerza para servir á V. M.; pero confieso que el papel que se me obliga á hacer en Europa, poniéndome en el caso de faltar continuamente á mi palabra, me desgarran el corazón; y hoy, cuando conviene rescindir el pacto secreto y todos los demás que han sido su consecuencia, me falta el valor moral para declarar abiertamente mi opinion; ni siquiera me es ya posible, habiendo perdido toda mi autoridad, ser útil á V. M. como ministro de negocios extranjeros (secretario de Estado). Solo un ministro nuevo puede contraer obligaciones nuevas. Tan penetrado estoy de esta verdad, que hace cuatro meses he hablado muy seriamente sobre este particular á la señora de Pompadour, á fin de que lo comunicase á V. M. Tengo motivos para creer que al principio esta señora se figuró que alguien me había calentado la cabeza ó que alguna ofuscacion oscurecía mi entendimiento. Apelo ahora, señor, á la consideracion de Vuestra Majestad y le suplico sumisamente que reflexione si me es posible llenar dignamente un puesto, cuya base es la confianza y la buena fe, faltando yo á mis compromisos. Vencido de esta verdad, martirizado por el dolor y la inquietud, viendo extinguirse mi salud, escribí al señor de Stainville una carta confidencial, en la cual le expuse mi situación. Antes había ya hablado con la señora de Pompadour, y le dije que el Sr. de Stainville podría reemplazarme, para lo cual le di razones que no la convencieron. El señor de Stainville mostró pocos deseos de aceptar un puesto tan delicado, pero pareció dispuesto á aceptarlo si V. M. se

cansaba de armar escuadras de desembarco, cuyo éxito no correspondió siempre á lo que habían costado; pero no por eso dejaron de causar muchísimo daño á la Francia. El primer desembarco se efectuó en el mes de junio en la bahía de Cancale con objeto de conquistar la plaza de Saint Maló. Los ingleses no lograron este objeto; pero quemaron 100 buques franceses y destruyeron las maestranzas. Una segunda expedicion destruyó en agosto completamente el puerto de Cherburgo. Una tercera dirigida otra vez contra Saint Maló fracasó completamente; pero en cambio era felicísima la guerra encarnizada de corso que hacían los ingleses á la marina francesa dedicada al comercio entre la Francia y sus colonias; y de estas últimas perdió la Francia las del Senegal y con ellas su comercio con Africa. Un golpe principal dieron los ingleses en América, donde conquistaron en 26 de junio á Luisburgo, que despues de una heroica resistencia, se rindió al ejército inglés de desembarco mandado por dos distinguidísimos oficiales, Amherst y Wolfe, que habían llegado allí en la escuadra del almirante Boocawen. Desde entonces pertenece el rio San Lorenzo á los ingleses.

En 25 de noviembre conquistó Washington con sus milicias el fuerte de Duquesne, que desde entonces se llama Pittsburgo, y con esta plaza perdieron los franceses tambien el valle del Ohio.

Estos fueron los resultados de las guerras que hizo por mar y por tierra la Francia con gran derroche de dinero y de vidas, perdiendo una tras otra sus posesiones mas preciosas, y desesperando al abate Bernis, desesperacion que le honra en extremo. Su afán incansable de hacer la paz nacia de los motivos mas dignos, y tanto mas desinteresados cuanto que aquel deseo le enajenaba las simpatías de la corte, la cual á cada sonrisa fugaz de la fortuna volvía á su acostumbrado y ciego delirio. En la opinion pública tampoco podía contar con simpatías, porque le había condenado desde la jornada de Rossbach como fundador de la alianza con Austria, y no le habría perdonado, aunque hubiese llegado á su noticia su arrepentimiento tardío.

Todo esto no tuvo ninguna influencia en su resolucion varonil de salvar á última hora lo que era posible salvar en aquel cataclismo provocado ligeramente; y á esta resolucion sacrificó lo que ningun ministro al uso habría sacrificado nunca, sobre todo sabiendo que nadie se lo había de agradecer, como en efecto jamás lo agradecieron sus contemporáneos. La posteridad solo pudo apreciarlo cuando se publicó su correspondencia con el rey, con la Pompadour y con el conde de Stainville. Voluntariamente cargó Bernis con la cruz del papel mas ingrato imaginable perdiendo en ello todo lo que había ganado, pero con algun beneficio para su patria.

En 4 de octubre de 1758 remitió á la marquesa de Pompadour una Memoria destinada para el rey diciéndole en la carta con que la acompañaba: «Suplico á V. encarecidamente que lea mi escrito con atencion. Puede V. considerarlo como mi testamento. No contiene una sola palabra que no sea la expresion de mi conviccion mas íntima. Vendrá día en que se me conozca y se me haga justicia. Jamás hombre alguno ha amado tanto como yo al rey y al país, solo por lo que el uno y el otro son en sí. Mi desgracia ha sido hacer con demasiada rapidez una carrera brillante. Usted misma sabe cuánto trabajo le costó vencer mi resistencia y hacerme salir de mi oscuridad. No es culpa mia si he llegado á elevados puestos. Yo no deseo mas que la felicidad del rey y la gloria de la nacion, y alcanzado este objeto, poder morir ó vivir tranquilamente con mis gallinas; esto es todo lo que pido. La verdad es que no puedo mas; debo de tener algun mal en el hígado porque todos los días me acometen grandes dolores de estómago.»

empeñase en ello, siempre que V. M. se dignase devolverle su libertad tan pronto como se hubiese hecho la paz y establecido el orden en los negocios, y sobre todo cuando estuviesen dispuestos los fondos destinados á los subsidios, de modo que él pudiera cumplir todo lo prometido.

»Estas son, señor, las condiciones que se tomó la libertad de presentar; y no insistir en ellas habria sido muy difícil para un hombre de reflexion y de honor.

»Enseñé su contestacion á la señora de Pompadour, la cual creia al señor de Choiseul tan útil en Viena y á mí en los negocios extranjeros, que le costó mucho dar su consentimiento; pero comprendiendo que el servicio de V. M. podria resentirse de su negativa, me dijo que redactara una Memoria exponiendo mis motivos y conclusiones á fin de dar tiempo á V. M. para reflexionar sobre el asunto. He olvidado, señor, decirle que la cuarta condicion del señor de Stainville fué que trabajásemos juntos y hasta que yo continuase recibiendo á los embajadores y hablándoles de los negocios, porque queria proceder en todos los puntos de acuerdo conmigo. En efecto, no hay motivo alguno de celos entre nosotros.

»Los motivos que hablan en favor de mi salida del puesto que ocupo son: En primer lugar, mi salud que no está ya á la altura ni del trabajo ni de las sobrecitaciones, y que ciertamente no resistirá á la idea de faltar á tratados que yo mismo he hecho. En segundo lugar, engañaria yo á V. M. si usase un lenguaje distinto, y le acarrearía grandes compromisos si no le informase del gran peligro que yo suscitaria si conservase un puesto en el cual no puedo contar ya con la confianza de mis aliados, y cuyo peso mi salud ya no soporta.

»Los motivos que hablan en favor del duque de Choiseul (conde de Stainville) para este puesto son:

»1.º Es el único de todos los ministros que conoce todos los asuntos de V. M.

»2.º Es el único que posee la confianza de la corte de Viena, y que la conoce bastante para inducir á cambiar de rumbo sin mengua ni malas consecuencias para él y sin tener que cambiar el lenguaje que ha usado hasta hoy.

»3.º Ha mostrado en su puesto perseverancia, valor y destreza, y su prudencia ha dominado casi siempre la viveza de su carácter.

»4.º Si se nombra sucesor mio á otro, se diria que V. M. ha cambiado de sistema político, y esta consideracion es de la mayor importancia.

»5.º El señor de Choiseul es á la vez militar y hombre de Estado; de suerte que él mismo puede presentar planes de guerra ó rectificar los que le presenten.

»6.º Conoce la corte de Viena y sabe cómo se la ha de tratar. Este es otro punto capital en la situacion actual.

»7.º Es trabajador vigoroso, activo, hombre de recursos, y le afectan mucho menos los sucesos que á mí.

»8.º Su nacimiento, conocimientos y práctica de la sociedad le recomiendan para el puesto de ministro de negocios extranjeros.

»9.º Puede trabajar de acuerdo conmigo. Yo tengo cualidades que él no tiene, y él tiene otras que yo no poseo. Todo esto reunido podria producir un excelente resultado. La única objecion posible seria que su fortuna le ha creado enemigos, pero esto no le hará ninguna mella. Su fortuna está ya hecha y no hay que temer ya su ambicion.

»Finalmente, señor, necesitan vuestros negocios actividad, nervio y resolucion. No puedo ocultarle que si V. M. no regenera pronto la administracion de la marina, se arruinará y perderá sus colonias. El ministro de negocios extranjeros tiene que hacer la paz por mar y tierra; pero si no le ayuda

ninguno de los otros departamentos ha de morir desesperado si tiene pundonor y si ama la gloria de V. M. Siga V. M. en su marina el ejemplo de sus enemigos: allí hay agregado al almirantazgo un consejo compuesto de hombres peritos, como especialistas y de experiencia. Hasta las piedras se levantan contra la administracion de nuestra marina, y el Estado sufre las consecuencias; de consiguiente, es preciso modificarla: y á no hacerlo así ¿es posible que el ministro de negocios extranjeros haga la paz con Inglaterra? Yo he sostenido el sistema luchando contra todos los sucesos y bregando con todos los otros departamentos. En esta lucha he agotado mis fuerzas, y mis consejos no han tenido éxito.

»Creo, señor, que el señor de Choiseul es la única persona en Francia que puede sostener la alianza renunciando á los tratados, á lo cual nos obliga nuestra hacienda.

»No puedo expresar mejor la gratitud que debo á V. M. que diciéndole la verdad.

»Finalmente no cesaré, si V. M. acepta este plan que juzgo indispensable é ineludible, de hacerme útil en el servicio de V. M.

»El clero empieza á dispensarme su confianza y yo pondré fin á la lucha que trae con los parlamentos, con lo cual podré quizás prestar á V. M. servicios que tendrán gran importancia para la tranquilidad interior de sus Estados y para el porvenir de su gobierno.

»Ruego á V. M. se sirva dispensarme todas las faltas de este escrito, porque lo he confiado al papel sin levantar la pluma y de un solo aliento.»

Con indecible impaciencia aguardaba Bernis la decision del rey. Habia pedido solo una exoneracion parcial, y viendo á los dos dias de haber presentado su Memoria que no le habia contestado todavía el rey, temió que le hubiera producido un disgusto. A este cuidado se agregaba otro que le impresionaba grandemente. Desde bastante tiempo antes el papa le habia prometido el capelo de cardenal y esta promesa la habia hecho pública el rey; los periódicos la habian divulgado; en todas las cortes se creia cosa hecha, tanto que muchos ministros extranjeros daban á Bernis en sus comunicaciones el tratamiento de cardenal; habiase fijado para su promocion como plazo extremo el 2 de octubre, y ya habia llegado el 6 del mismo mes, sin que nada hubiese venido de Roma. En esta situacion escribió Bernis el mismo dia 6 á la señora de Pompadour diciéndole que de ningun modo podia continuar en su puesto; que si el rey deseaba su dimision completa (en lugar de la parcial), suplicaba que se la aceptase; y que el asunto del capelo de cardenal prometido se hacia ya una cuestion de honor nacional. Decia, «Mi consejo seria que el rey me ordenara renunciar al birrete de cardenal, y que lo hiciera comunicar al papa por medio de su embajador. ¿Qué importa que yo sea cardenal ó no? En cambio importa mucho que no se engañe al rey y que nadie se habitúe á jugar con promesas que se le han hecho.» En este sentido escribió seguidamente al rey mismo.

En 9 de octubre recibió la contestacion del rey, y en la noche del 10 el birrete encarnado de Roma. El rey admitió su dimision con las siguientes palabras: «Nadie por cierto desea la paz mas que yo; pero la quiero honrosa y duradera; á este objeto sacrifico con alegría todos mis intereses propios, pero no los de mis aliados. Trabaje V. en el sentido de lo que le acabo de decir, pero no nos precipitemos. La campaña se acerca á su fin; aguardemos, pues, esta crisis; acaso nos ofrezca mejores ocasiones, para no echarlo todo á perder abandonando tan miserablemente á nuestros aliados.—Con sentimiento apruebo que V. deje los negocios extranjeros en manos del duque de Choiseul, á quien con-

sidero en este momento la única persona á propósito para manejarlos, porque de ningun modo quiero cambiar el sistema político adoptado, ni aun que se me hable de ello. Escríbale V. que he admitido su proposicion de V.; que lo comuniqué á la emperatriz y que entre los dos elijan el sucesor suyo, ya entre las personas de la primera categoría, ya de la segunda (refiérase á la categoría nobiliaria). Esto halagará á la emperatriz y la convencerá de los sentimientos que con tanta fortuna ha sabido engendrar en mí.»

En la cuestion de las negociaciones de paz, que tanto interesaba á Bernis, respondió el rey en sentido negativo, tan terminantemente como era posible, y nada dijo en su carta respecto del plan de Bernis de trabajar juntamente con el duque de Choiseul. Por esto no puede menos de sorprendernos el sentido que el cardenal dió á la carta del rey; porque el mismo dia en que la recibió, el 9 de octubre, envió al duque de Choiseul la orden terminante de insistir en la pronta conclusion de la guerra; diciendo que la emperatriz habia solicitado al fin de la última campaña solo una campaña mas, y que el rey la habia concedido, y añadiendo: «Pero ¿qué ha resultado? Se ha perdido la llave de nuestras colonias de América, que están á punto de caer en manos del enemigo; la marina francesa está destruida; el comercio que anualmente producía 200 millones, está aniquilado; la confianza ha desaparecido; los ingleses se harán dueños de todos los mares y despues dictarán sus leyes al continente; la Francia está completamente exhausta, los recursos están agotados; las dificultades se han centuplicado. Es, pues, evidente que el rey está mas que nunca en su derecho al pedir á la emperatriz el cumplimiento de la palabra que le dió de desligarle de la continuacion de la guerra.»

No habiéndole hecho mella alguna la negativa del rey á sus urgentes instancias á favor de la paz, ni su prohibicion de hablarle de ella siquiera, tampoco hizo caso del silencio del rey sobre la condicion importantísima que habia puesto Choiseul para admitir el cargo de ministro; porque en 11 de octubre escribió él mismo á Choiseul: «He expuesto todas las condiciones de V. con claridad y han sido aceptadas todas.—Soy de V. en cuerpo y alma; entre nosotros no habrá celos, porque V. comprende muy bien que yo no habria dejado mi puesto, si me hubiese quedado algun deseo de conservarlo. Unido con V. haré cuanto V. quiera. Entre nosotros discutiremos, quizás disputaremos, pero finalmente nos entenderemos. Ayer me recordó el señor de Starhemberg la palabra que me habian exigido en Viena, de no renunciar el puesto de ministro de Estado cuando fuera cardenal. Esta palabra se ampliará, porque segun nuestro sistema seremos dos cabezas y una sola persona.» Se ve, pues, que el cardenal entendia haberse aliviado solo de una carga que le habia llegado á ser insoportable, haberse librado de una responsabilidad que no se conciliaba con su pundonor de ministro, haber modificado, pero no abandonado su participacion en los negocios, y haber aumentado en vez de disminuir su autoridad. No necesitaba como cardenal de la Iglesia Católica Romana el título de ministro principal para ocupar y sostener, con tal que continuara en el consejo del rey, la misma posicion que habia ocupado en otro tiempo el cardenal Fleury, con la diferencia de que este último no tenia que habérselas con una Pompadour. Pero un pasaje de la carta del rey del 9 de octubre deberia haber destruido estas esperanzas; pasaje que hemos omitido adrede para comunicarlo al lector solo cuando le hubiésemos enterado de una circunstancia sin cuyo conocimiento es imposible entenderlo.

Desde principios del año 1758 se habia ocupado Bernis en preparar reformas interiores con igual ahinco que en procurar la paz exterior, y en el mes de julio habia logrado

una mejora considerable con la reunion tres veces por semana del alto consejo del rey (1), para examinar en union con el ministro de hacienda los gastos de todos los ramos de la administracion y ver si habia medios de introducir economías.

Este consejo supremo, despues de 4 meses de trabajo asi-duo creyó que podian ahorrarse anualmente seis millones en los gastos de la casa real sin disminuir el brillo de la corte y sin limitar los placeres del rey. Apenas la comision nombrada por el consejo, que fué la que trabajó, presentó esta proposicion al rey, toda la servidumbre de la corte llenó el aire con sus lamentos, tanto que el rey espantado rechazó todo aquel hermoso plan de economías, y en lugar de los seis millones, solo se redujeron del gasto 100,000 escudos. Despues del gasto de la casa real siguió el departamento de los negocios extranjeros, cuyo misterio impenetrable fué descubierta por el mismo Bernis para dar un ejemplo. El consejo ó mejor dicho la comision del consejo disminuyó los subsidios en una mitad. El mariscal de Belleisle supo eludir el exámen de las cuentas de la administracion de la guerra, proponiendo que se empezase por el departamento de la marina. Así se hizo y se descubrió un desorden sin ejemplo en este ramo. Allí no habia ni contabilidad, ni orden alguno. Encontráronse libranzas contra el tesoro para pagar gastos de los cuales no se habia dado cuenta sino varios años despues; otras libranzas firmadas por el mismo intendente encargado del exámen de los gastos; en una palabra aquello era un caos, un abismo de abusos y malos principios de administracion.

Bernis por lo que se ve habia entrado tambien en un excelente derrotero en la administracion interior, pero cabalmente esta parte mas laudable de su actividad acabó por minar su posicion. La Pompadour no quiso saber nada de un consejo, en el cual Bernis cesaba de ser instrumento suyo, para convertirse en ministro principal; tambien los secretarios de Estado encontraban por demás molesta la nueva autoridad superior que inspeccionaba las cuentas; hasta la corte maldicia al hombre que trabajaba para concluir la guerra contra Prusia á fin de principiar otra contra los abusos, y finalmente el mismo rey condenó los mejores propósitos de Bernis diciéndole en la misma carta del 9 de octubre estas palabras: «En la paz se harán reducciones en toda clase de gastos, y sobre todo habrán de tomarse disposiciones contra los despilfarros en los departamentos de guerra y marina, cosa imposible en medio de una guerra como esta. Contentémonos con disminuir los abusos y con evitar gastos excesivos; pero no lo acometamos de una vez todo, como será inevitable hacerlo cuando haya paz.»

Es decir que la misma carta que prohibia al abate hablar de paz, le mandaba no insistir durante la guerra en la introduccion de reformas serias interiores. Si continuaba pues haciendo ambas cosas, se exponia á una caída cierta: y sin embargo así lo hizo Bernis, fiel á sus propósitos, y así incurrió en la desgracia del rey.

El conde de Stainville, nombrado desde el mes de agosto del mismo año duque de Choiseul, habia comprendido, por efecto de la no interrumpida influencia de las cartas del abate, que el tratado secreto del 1.º de mayo de 1757 no podia ni debia continuar siendo la base legal de la alianza entre la Francia y el Austria; mientras por otra parte, desde la jornada de Hochkirch y por lo que se decia de todas las operaciones de campaña del feldmariscal Daun, se habia confirmado en la idea de que los austriacos, á pesar de la superioridad

(1) A este alto consejo pertenecian el rey, el delfin, los mariscales Belleisle y D'Estrées, los señores de Saint-Florentin, de Puyseulx, Bernis, y el abate Bernis. Para todas las reformas, V. Mem. 82.